

llaman sus amigos y se le conoce en la gran familia de cazadores) es el alma de las lagunas de Daimiel, la personificación del inteligente y mañoso cazador de la Albufera de Valencia, trasplantado, por la fuerza de las circunstancias y el amor á la caza, en mitad de la Mancha alta. Después de haber cazado mucho en Valencia, y todavía muy mozo, recorrió con su escopeta y sus perros gran parte de España; fué poco menos que cazador de oficio en la Extremadura; batió en varias partes y en su propio terreno á los caciques de la escopeta y notabilidades de la caza; domoñó los accidentes de la Naturaleza y fijó definitivamente su residencia en Daimiel, donde montó el cazadero de las Charcas á la manera ó estilo de Valencia, que es país por excelencia para entender y cazar aves acuáticas.

Con su grande inteligencia, su actividad y su increíble afición á la escopeta,—dice Escrich, hablando de reses,—ha convertido una de las islas de las lagunas, en encantador oasis. Todo allí respira la limpieza, la alegría, la *mañosidad* de la patria de Gil Polo; y, aunque se me tache de exagerado, afirmo que no hay país tan habilidoso como el valenciano; porque como los valencianos no saben estarse nunca quietos, pues la sangre les bulle en las venas, siempre están ideando algo para entretenerse, y este algo redundará en beneficio de su hogar, que se complacen en adornar como el nido de sus amores. Veses ha puesto á contribución á Valencia para poetizar las Charcas de Daimiel: barquichuelos, cimbeles, artefactos de caza, todo lo ha traído de su país, hasta la *paella*.

El amigo cariñoso de Veses se duele de que éste no haya traído también barqueros *catarrochins* (de Catarroja), porque no comprende la cacería de aves acuáticas sin aquellos tipos sobrios, esforzados é inteligentes de la Albufera que el difunto catedrático de Historia señor Boix consideraba como los únicos descendientes puros y legítimos de los almogávares, aunque, al modo de ver de otras personas, más bien son de raza africana.

Cansado, aunque no satisfecho, de matar perdices en los riscos y tirar reses en los portillos; admirado de todos los cazadores, y casi por sus aventuras y desafíos un D. Juan Tenorio de la caza; Paco Veses dedicó todos sus afanes y toda su constancia á convertir las descuidadas y también mal comprendidas Charcas en un cazadero de primer orden, y ¡vive Dios que lo consiguió á maravilla! Tanto, que D. Juan Prim se enamoró de aquel oasis y cobró gran afecto á Veses, á quien distinguía con su franca amistad.

Entonces se creó una Sociedad de Caza, de la que for-

maban parte D. Juan Prim, Milans del Bosch, D. Nazario Carriquiri, el Marqués de Perales y el doctor Simón, todos íntimos amigos. Reformada la sociedad, después de la muerte del general, seguía, el año 76, constituida en la siguiente forma: general Milans del Bosch, Marqueses de Camposagrado y Sardoal, Duques de Alba, de Sexto, de Tamames y de Huéscar; Condes de Santa Coloma, La Patilla, Villanueva y Castellá; D. Manuel Quiroga, Duque de los Castillejos, D. José Orovio, Heredia, Indo y Solier (D. Guillermo).

Después de algunas vicisitudes y cambios en el personal, constituyen la sociedad, las distinguidas personas que han acompañado ahora á S. M. ⁽¹⁾

II

El maestro venatorio é ilustrado escritor Sr. Pérez Escrich escribió una animada poesía describiendo la cacería real del rey D. Alfonso XII.

I

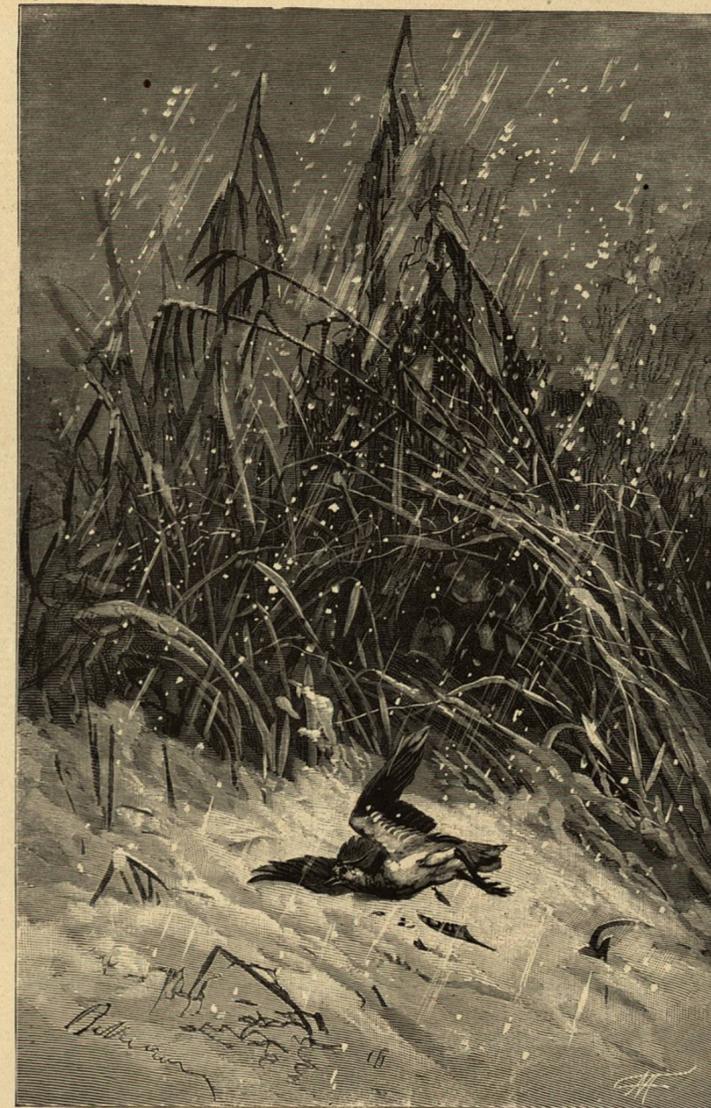
Carrizos, juncos y cañas,
acuáticas espadafias,
en una fragil barquilla
sin timón, velas, ni quilla,
cruza el Rey de las Españas.

—
Es de noche, el tiempo crudo,
y cada carrizo rudo
que el ojo distingue vago
parece un fantasma mudo
que se levanta del lago.

—
Alegre va el cazador,
pues ningún pesar le inquieta,
que ansía el real venador
ver sembrado en derredor
el botín de su escopeta.

—
En calma están los charcales,
puras las estrellas brillan,
y las brisas matinales
entre helados carrizales
se replegan y se humillan.

(1) Setier: *El campo*.



Huyendo del peligro

Todo es quietud: ni un ruido
en derredor se levanta;
el lago mudo... dormidó,
y allá en las orillas canta
la rana su agrio ronquido.

II

El barquero es hombre honrado,
respeto tiene á la ley,
y además le han encargado
que lleve mucho cuidado
porque en su barca va el Rey.

Amparo le pide al cielo;
muestra en su rostro cobrizo
que por llegar tiene anhelo,
y á su empuje el barquichuelo
se abre paso entre el carrizo.

Su vigor, su lealtad
en acreditar se empeña,
y nunca Su Majestad
tuvo escolta más pequeña
ni mayor seguridad.

Llegan... Con presteza suma
el hombre encalla la barca,
del lago sube la bruma,
el Rey contempla la charca,
se sopla la mano, y fuma.

Aun no ha sonado el momento
de comenzar la batalla:
Alfonso ocupa su asiento,
y el barquero, muy contento,
se limpia el sudor y calla.

El alba no ha de tardar;
es inútil anhelar
ni decirle al tiempo: «quiero;»
que del rey y del pechero
el destino es esperar.

III

De la noche el negro velo
cubre la tierra y el cielo;
pero ya á sentirse empieza

de aves mil el raudo vuelo
silbar sobre la cabeza.

¿Dónde están?... No se ve nada:
el estridente silbido
de aquella legión alada,
cual misterioso fluido,
absorbe nuestra mirada.

Crece, redobra el afán,
en verlas se muestra empeño;
los ojos buscan: ¿dó están?
Y, cual fantasmas de un sueño,
aves vienen y aves van.

El cazador se impacienta:
en el lejano horizonte
ve, por fin, que se presenta,
sobre la cresta de un monte,
una línea cenicienta.

Con el deseo creciente
su ansiosa mirada lanza
hacia la luz que presiente,
porque sólo en el oriente
busca el hombre su esperanza.

IV

Cesa la noche sombría:
comienza la animación,
el bullicio, la alegría;
y un himno á la luz del día
entona la Creación.

El Sol todo lo ilumina;
en el agua, en la colina,
canta el ave sin recelo;
y terso y brillante, el cielo
muestra un azul que fascina.

Bello panorama, hermoso,
lleno de luz, majestuoso,
se contempla con halago,
entre el plumaje vistoso
de los ánades del lago.

V

Sembradas con los cimbeles
se ven *plazas y tableros*:

mudos reclamos crueles,
que son los retratos fieles
de los ánades viajeros.

Desde el lejano confín,
donde la noche ha pasado
disfrutando del festín,
vuelve el pato confiado,
sin recelar de su fin.

De lejos la charca advierte,
ve el cimbel engañador,
le atrae con calma inerte;
y, al cruzar, el cazador
hace fuego y le da muerte.



En las charcas de Daimiel

La hora sonó de matar:
adquiere el lago sereno
aspectos de Trafalgar:
que hay en cada *carrizar*
un *San Juan Nepomuceno*.

VI

Cerrinegros y azulones,
silbadores y cercetas,
por las celestes regiones
van llegando en escuadrones,
sin miedo á las escopetas.

¡Oh dicha!... ¡Goce sin cuento,
que no se olvida jamás!...
No cesa el fuego un momento:
matas ciento, y otros ciento
vienen á morir detrás.

Allí el cazador delira,
y sucede algunos ratos
que, tanto se inflama y tira,
que ve por doquier que mira:
¡patos! ¡patos! ¡patos! ¡patos!

VII

Con la mejilla inflamada,
zumbándole los oídos,
pone fin á la tirada,
y se recoge una hornada
de ánades muertos y heridos.

Allí, en revuelto montón,
sobre la barca hacinados,
del Sol á la irradiación,
parece que están pintados
con colores del Japón.

A tierra los cazadores
regresan con el botín;
que, plebeyos y señores,
hasta en sus goces mejores,
ven de sus goces el fin.

A las cuatro estaban en el terreno. En diez y seis barcas cruzaron el agua y se metieron en la isla, situada en el centro de la laguna. La tarde era hermosísima, y la puesta del Sol anunciaba á los inteligentes un día soberbio. Esta era también la opinión de Paco Veses, que desde luego, y con la venia de S. M., fué investido con la dirección técnica de la cacería. Aquella sencillez encantadora de la casa de la Sociedad, graciosa y limpia cual un cesto de flores; aquel panorama tan original y tan nuevo para los que allí llegamos por vez primera; aquel precioso minarete, desde el que se domina el cazadero y se oye el rebullicio de la caza; aquellas aguas tranquilas, sobre las que flota diminuta y graciosa escuadrilla, de más poder contra los ánades en el océano manchego que todos los acorazados franceses en el mar de la China contra los *juncos* del almirante Io-knou; todo, todo despertaba nuevas y gratas impresiones en el regio ánimo de D. Alfonso. Y es que, á las veces, sencillos panoramas y escenas reposadas y tranquilas hablan más al espíritu y mueven mejor el sentimiento, rociándole con los effuvios de la felicidad, que el poder con todas sus grandezas, y la gloria con todas sus violentas impresiones.

Desde lo alto del minarete gozaba el Rey de España contemplando aquella flota de guerra, aprestada para singular combate; gozaba examinando el campo de operaciones, en que vencieron tantas y tantas veces al ejército palmípedo los generales que allí le rodeaban; gozaba, en fin, viendo vivaquear á los enemigos por

carrizos y espadañas, y disponerse á emprender su nocturno viaje en busca de botín.

La visita al cazadero es siempre espectáculo gratisimo á los cazadores, que á muchos deleita casi tanto como cazar; algo así como anticipo de segura y placentera diversión. Como los aficionados á los toros gustan de ver las reses en la dehesa, y después en el corral, y más tarde en el encierro, así los cazadores, cuando la caza abunda, no se satisfacen con menos que con examinar el teatro de soñadas hazañas y acariciados prodigios. Pero más que nunca cuando se trata de una laguna no cazada de algunos días. En este caso, la admiración sube de punto; abruma la felicidad que siente el aficionado, se enloquece viendo como palpable realidad aquel espectáculo que consideró fascinadora ilusión.

Su Majestad y acompañantes visitaron la caza á la hora más á propósito: cuando el Sol comienza á hundirse y el firmamento se colora con los suaves matices del crepúsculo vespertino, y los húmedos vapores de la Tierra se tienden sobre las azules y tranquilas aguas del lago, y se prenden graciosamente en las ramas de los árboles; cuando los ánades se ponen en movimiento, dejan su querencia y abandonan el lago en busca del abundante pasto que les ceba; á esa hora en que sólo turba la majestuosa soledad de las aguas el rebullicio de las aves trasnochadoras, el canto estridente de los patos, y el singular rumor que producen las bandas de ánades al hendir el espacio tierra adentro.

Muchas de las bandas, antes de emprender la marcha, se entretienen jugueteando en las Charcas, ya escondiéndose en el carrizo, ya zambulléndose alegremente en las aguas; mientras que otras levantan el vuelo para volver á posarse en ellas, después de describir en el aire graciosos círculos y lanzar violentos vuelos.

A medida que la noche avanza, desaparecen estos inquilinos de las lagunas, á quienes les es tan fácil volar; y su resistencia es tanta, que hay algunos que van de noche á comer en los arrozales de Valencia, de donde regresan por la mañana temprano. En los años que ha escaseado el pasto en la Mancha, se les ha encontrado arroz en el buche. Por la madrugada, y después de haberse dado un buen hartazgo, vuelven á la querencia, donde hacen tranquilamente la digestión, cazando insectos y zambulléndose en el agua. Los cazadores deben estar en sus puestos antes que regresen las bandas.

Holgóse mucho D. Alfonso viendo desde el lindo minarete de la casa de la Sociedad, espectáculo tan

delicioso y tan incitante para el cazador. No gozaban menos los socios con haber proporcionado á S. M. emociones tan placenteras.

Cuando cerró la noche se sirvió la comida, dispuesta por Lhardy, en cuyo *menú* había dibujos alegóricos á la caza. Cuentan que fué espléndida, y que los expe-



Una buena pieza

dicionarios comieron con el apetito que despierta el campo y el cambio de aires.

Después de la mesa se jugó al tresillo, y á las ocho

todos estaban en sus cuartos: unos durmiendo, otros preparando los útiles de caza para no perder minuto á la madrugada, y algunos soñando en las delicias de